

servible, de lo provincial y vulgar. A esa unidad artística es á lo único que hoy podemos aspirar.


Unido á usted por esta elevada simpatía, le renuevo mis felicitaciones y agradecimientos, y quedo de usted amigo sincero y ferviente admirador,

Q. B. S. M.,

Rufino J. Cuervo.

Paris, 24 de Abril de 1905.

18, Rue de Siam.



INTRODUCCION

La lengua de Cervantes es la lengua castellana en el momento histórico mas importante de su evolucion. El despertar de la raza española, el renacimiento de los estudios clásicos, la comunicacion de nuestros escritores con el arte italiano, y otras cien consecuencias de aquellos acontecimientos históricos, que por tan inesperada como feliz coincidencia originaron en el siglo xvi una nueva literatura, tan distante de la del siglo xv como si un abismo de varios siglos se hubiera abierto en medio, no pudieron menos de cambiar hasta lo mas hondo el habla castellana. Jamas, desde que aparecen los primeros monumentos redactados en romance, habíase presenciado una vuelta tan radical en su fonetismo, como la que presencié el espacio de tiempo que corre desde la Gramática de Nebrija (1492) hasta el *Quijote* (1605). Nuestros humanistas se entraron á saco por el Diccionario latino, y aumentaron en un doble nuestro caudal léxico. El artificio sintáctico de los grandes escritores de la antigüedad pasó por sus manos al rotundo y amplio período castellano de la nueva literatura. Cuando Cervantes vino al mundo, el habla castellana acababa de salir renovada de entre las manos de aquellos eminentes artífices que durante los gloriosos reinados de los Reyes Católicos, Carlos V y Felipe II, supieron tan diestramente acomodarla al nuevo mundo de ideas de la época moderna y al antiguo de la época greco-romana. Por otra parte, el habla vulgar, que tan poderoso vigor y tan vivaz colorido había mostrado en nuestros primeros dramáticos y autores picarescos, seguía corriendo con tan impetuosa vena y sabor nacional por debajo de la reciente lengua literaria, sin tomar de ésta los elementos extranjerizos y aun mal asimilados que la desvirtuaban.

En este momento crítico, al cual iba á seguir el desquiciamiento

literario y lingüístico del culteranismo y del latinismo pedantesco, nació el *Quijote*. La lengua de Cervantes es la lengua castellana, en sus dos fases, erudita y vulgar, de aquel momento precisamente de su mayor apogeo, cristalizada en el mejor libro de nuestra literatura y por el más sincero, experimentado y culto de nuestros ingenios. Hay dos hablas distintas en el *Quijote*: el habla vulgar de Sancho, Teresa, los cabreros, los venteros, los galeotes y demás gente del pueblo, y el habla culta del renacimiento, castellana en el fondo, pero coloreada por el arte antiguo y el arte italiano. En ambas es Cervantes hablista consumado. Papel y lápiz en mano, ó memoria é ingenio que los supliera, debía de llevar Cervantes al entrarse por ventas y mesones, al terciar con gentes de la hampa y de las guras. No hay autor que haya encerrado en un libro tamaño tesoro de modismos de aldea, refranes de viejas, dichos picarescos, términos de galeotes y rufianes, giros de rancio y vigoroso corte castellano, sin tener necesidad de embutirlos en un *Cuento de cuentos*, ni de redactar expreso una novela picaresca. ¿Quién sabe si por haberse apropiado tan personalmente la inimitable habla vulgar castellana se le motejó de ingenio lego? No fué lego, aunque no fuese un escolar, el ingenio que al propio tiempo y en el mismo libro vació todo el vocabulario caballeresco, todos los ciclos de nuestros romances, toda la mitología antigua, la erudición clásica y lo más culto de sus predilectos Ariosto y Bayardo, el que atinó á introducir en nuestro léxico corriente los vocablos latinos que echaba de menos Valdés, y aun demasiados otros.

Dejemos el maremagnum helénico del Tesoro de Stephano con sus 150.000 palabras (edición londinense), y el Diccionario inglés de Webster con sus 70.000, barridas de todas las lenguas del globo. Si el castellano vulgar y erudito de entonces llegaba á 30.000 ó 40.000 palabras, cantidad verdaderamente enorme para el campo de las ideas de aquellos tiempos, comparada con los 379 vocablos de todas las inscripciones cuneiformes, con los 658 del Diccionario egipcio de Bunsen, y con los 5.642 de todo el Antiguo Testamento, Cervantes nos ofrece en el *Quijote* una riqueza léxica sin par ni semejante. Nada más que 300 palabras cree M. Müller que emplean los labradores de ciertas parroquias inglesas; un inglés de buena cultura, que ha estudiado y lee de ordinario toda suerte de libros, empleará, según el cálculo del mismo autor, unas 3.000 ó 4.000 palabras en sus conversaciones; Milton en todas sus obras presenta 8.000; y Shakespeare, que es tenido por el escritor más copioso, emplea en todo su teatro unas 15.000. Pues bien: en el *Quijote*, que creo menor en volumen que la mitad de las obras del dramático inglés, he contado 9.350 palabras. Y es de advertir que lo mismo al final de la segunda

parte que al final de la primera, se encuentran con la misma frecuencia términos nuevos, y que la segunda tiene más palabras nuevas que la primera parte. No es, pues, de creer que se repita tanto en sus demás obras, que no resulten en el total de ellas bastantes más de 15.000 ó 20.000 palabras. Estoy convencido de que, en igual cantidad de escritos, Cervantes gana con creces á Shakespeare. Cuanto á riqueza de construcción y modismos no se le puede comparar escritor alguno.

No faltará quien crea que gran porción de este caudal de palabras y de frases cervantinas, la mayor parte de las cuales subsisten en el castellano actual, las inventó y vulgarizó nuestro autor. Los grandes artistas de la palabra, al parecer, toman sus expresiones del pueblo; de hecho ellos son los que las crean conforme al genio del idioma y las vulgarizan en el habla corriente. Puedo asegurar que, quitados unos pocos vocablos, formados con toda regularidad, como los en *-nte, -dor, -esco, -il*, los demás, y los idiotismos y refranes todos existían ya en el habla vulgar. Para que pueda comprobarse, he citado á menudo á Hernán Núñez, á Covarrubias y á otros autores, que los habían consignado en sus obras. Por ellos se verá además la propiedad y exactitud con que los emplea Cervantes, que no parece sino que ha ido á copiarlos á estas fuentes. El mérito lingüístico de nuestro autor está en haberse apropiado tan connaturalmente el habla vulgar y el habla erudita, y en haber derramado á manos llenas sus tesoros en un solo libro, tan á propósito y tan sin buscarlo, que cada vocablo y cada frase se encuentran como allí mismo nacidas, por manera que puede decirse que el castellano de aquel tiempo es la lengua de Cervantes, y que si del Diccionario sola una tercera parte está en el *Quijote*, la Gramática, sobre todo la Sintaxis, puede tenerse por cierto que está toda entera ó poco menos.

Por estas razones el autor de la presente obra ha creído debía abarcar el estudio completo del castellano encerrado en el *Quijote*, considerándolo como el castellano en el momento histórico de su más esplendoroso apogeo. Para ello ha pensado que no bastaba consignar los datos lexicológicos y gramaticales del *Quijote*, sino que debía estudiarlos por el método histórico-comparado durante toda su evolución anterior desde el nacimiento de nuestro romance, aunque sin detenerse á acumular datos comparativos, sino tan solo apuntando las causas científicas de los fenómenos y corroborando los asertos con pocas y escogidas citas de las épocas anteriores. Por este medio, á la par que un estudio científico de lo más saliente de nuestro romance con miras á la gramática histórico-comparada, se lograba exponer cuanto fuera necesario para aclarar el texto del

Quijote, objeto primordial de este trabajo. Sin alardes de barata erudición, que podía tomarse de los comentarios filológico-históricos de Clemencin, Bowle, etc., ha creído, además, el autor ser indispensable para la clara inteligencia del texto añadir en el *Diccionario*, á continuación de las frases y palabras que lo requieren, un Comentario breve, en el cual ha pretendido condensar lo mejor y más útil de cuanto se halla en tan eruditos comentaristas.

Tal vez habrá quien pregunte qué utilidad pueden traer el diccionario y la gramática de un autor ó de un libro, aunque ese autor sea Cervantes, y ese libro sea el *Quijote*, ya que, á pesar de todo lo expuesto hasta aquí, al fin y al cabo, se trata de la lengua ordinaria que todos sabemos, ó que ya consta por lo menos en los *Diccionarios* y *Gramáticas* generales, mayormente no siendo ese libro más que una obra de entretenimiento, sin mira alguna científica ni lingüística en el que lo escribió. Cuanto al comentario, el mismo Cervantes parece se anticipó á mostrar su inutilidad, cuando por boca de Sanson Carrasco dijo que *es tan clara su historia, que no ay cosa, que dificultar en ella, los niños la manosean, los moços la leen, los hombres la entienden, y los viejos la celebran* (I, 3, 12). Cervantes, al escribir el *Quijote* hizo hartó más de lo que pretendió.

¿Qué es el *Quijote*? Para su autor era un libro de entretenimiento, escrito casi á vuela pluma, sin reflexion apenas, sin corregir ni siquiera volver á leer lo una vez escrito. Sólo que el asunto estaba felizmente escogido: era el más á propósito para que un ingenio irónico, satírico, festivo, mostrase sus dotes ridiculizando por el contraste aquella literatura caballeresca tan descomunal en la ejecución como bien intencionada y rica en el pensamiento y sentimientos generosos que la habían originado.

Para algunos literatos de su tiempo, el *Quijote* era como hijo de su autor, ingenio lego y plebeyo; para el público, un libro que hacía horriblemente reír y que no se podía dejar de las manos; para editores y libreros, un par de tomos que se vendían como pan bendito. Los ingleses, entrado ya el siglo XVIII, abrieron los ojos á los españoles; los extranjeros lo pusieron en las nubes, y nosotros ya no tenemos dónde ponerlo. El *Quijote* es una parodia de los libros de caballerías: tal es la idea que le dió el ser en el cerebro de su autor. Pero su autor era un genio, y no supo lo que se hizo. La parodia caballeresca se convirtió en la mejor novela caballeresca. El hacha del ridículo «cortó, derribó, arrojó lejos las zarzas y malezas de aquel enmarañado bosque, ahuyentó á cuervos, grajos, murciélagos y demás aves nocturnas, y apareció el más bello, ameno y deleitoso prado que puede criar la naturaleza ni imaginar la más discreta imaginación humana». Quiero decir, que podado á cercen todo lo con-

vencional, absurdo, bárbaro, huero y falso de las ideas y de la forma de los libros de caballería, Cervantes injertó en sus raíces la más natural, ideal y generosa de las novelas caballerescas, el *Quijote*, que condensa las altas aspiraciones de aquellas razas medioevales y alquitara el espíritu que bullía, aunque encerrado cual crisálida, en aquella literatura monstruosa. Pero al sustituir lo convencional por lo real, lo absurdo por lo natural, lo ficticio por lo verdadero, esa novela caballeresca ideal, encerrada en el alma generosa del hidalgo manchego, se convirtió en la sátira más aguda, juguetona é irónica, no sólo de las costumbres, ideas y lenguaje de la época caballeresca, sino de cuanto de convencional, absurdo, ridículo y necio tenía la sociedad en medio de la cual escribía el autor. Y por lo profundo, trascendental, humano de aquella tremenda carcajada, ya no se limitó á ser una sátira de los tiempos que pasaron y de los tiempos que corrían, sino que lo fué de todos los tiempos y de todas las sociedades, se convirtió en la comedia humana trascendental. No paró aquí. El espíritu que reaccionaba con tanta pujanza contra la ficción, el embuste, la mentira, no podía ser otro que el de la naturalidad, de la verdad, gérmen prolífico de toda obra verdaderamente artística y bella. Y lo fué en el *Quijote*: la gran novela de costumbres, la gran novela naturalista y realista, en el sentido noble de estos términos, surgía en este libro inmortal de las cenizas de la novela falsa caballeresca. Y el pincel que trazó los cuadros vivientes de las costumbres españolas del siglo XVII, y los más vivientes personajes, que se llaman Don Quijote, Sancho, el Cura, Maritornes, etc., etc., hasta la chata aldeana, Princesa del Toboso, la sin par Dulcinea, arrancó á la naturaleza lo más hondo y trascendental del alma humana, dándonos la vida de todas las sociedades, no ya de la española del siglo XVII, y los hombres y mujeres de todos los tiempos, con sus vicios y virtudes humanas, con sus inclinaciones rastreras y sublimes, con el mismo ser que han tenido, tienen y tendrán siempre los hijos de Adán: Don Quijote, Sancho, el Cura, Maritornes, la aldeana, Carrasco, los Duques, son encarnaciones de todos los países, épocas y razas.

Tal es para mí la instintiva obra llamada *El Ingenioso Hidalgo Don Quijote de la Mancha*. Ahora bien, el que no vea cómo esa transcendencia unida á la concreción individual de épocas, países, costumbres, asuntos de la obra, y el instrumento de expresión, con sus ironías, chistes, alusiones, sentencias, refranes, términos de cosas y costumbres de varias épocas, con las palabras que mudan de valor, acepción y forma conforme á los tiempos y civilizaciones, no necesita de comentarios y explicación, debe advertir que no todos los lectores saben y tienen en su cabeza lo que sabía y tenía en la suya

Cervantes, que los modernos del siglo xx no tienen las costumbres ni los mismos términos que los del siglo xvii, que los libros de caballería, sus usos y costumbres, ideas y lenguaje no nos son tan familiares como á los lectores para quienes el autor escribió, que muchos refranes, frases, modismos ya no se oyen hoy día, y otros no son conocidos de la generalidad de los españoles, y en fin, que si el *Quijote* es una obra de génio inconsciente y admirable literariamente considerada, como monumento lingüístico del castellano, es el que mejor refleja el habla popular, el habla erudita, el habla caballeresca, es decir el habla castellana en las diversas clases sociales y en la mas variada diversidad de asuntos y circunstancias.

Para que un libro de entretenimiento logre su objeto basta que siendo inteligible, para el comun de los lectores de la nacion y época en que se escribió, entretenga, alegre, solace y regocije. Tal fué el *Quijote*, cuando lo publicó Cervantes. Pero las obras de los grandes ingenios traspasan los límites de las obras ordinarias, son mas trascendentales en el tiempo, én el espacio y en la intensidad y profundidad de su objeto. Para el público español, medianamente instruído del siglo xvii, el *Quijote* tal vez no necesitaría comentario. ¿Quién duda, sin embargo, de que aun entonces se darían lectores que entendieran mejor que otros las alusiones, los chistes, las parodias, las sátiras de que está llena la novela? A cualquier español de hoy entretiene su lectura; pero el cámbio de costumbres lleva consigo el cámbio de acepcion en los vocablos y en los conceptos, y la generalidad de los lectores modernos por fuerza han de pasar inadvertidamente por muchos términos, objetos y usos que no llegan á entender sino á medias. Aun entre las personas cultas las habrá que ahonden mas que otras; y puede afirmarse que no se hallará lector, por instruído que sea, para quien no exista algun pasaje oscuro, algun refran de significacion no bien clara, algun término desconocido, alguna alusion inadvertida.

El *Quijote*, á pesar de su claridad, necesita, por consiguiente, comentario que explique y aclare lo que para unos ú otros de los lectores pudiera ofrecer alguna dificultad, y necesita diccionario y gramática que expliquen los términos, frases, construcciones del primer autor de la literatura castellana. ¡Cuántas veces en la Academia á los Académicos, én una disputa literaria ó gramatical á los particulares, en su gabinete de estudio al erudito, al maestro en su cátedra, no ocurre preguntar si tal palabra tiene tal acepcion ó tal construccion, y otras mil cuestiones gramaticales? Si tuviéramos hechos los diccionarios y gramáticas de nuestros mejores clásicos, ellos darían pronta respuesta. Tengamos, pues, por lo menos

á mano la autoridad del príncipe de nuestros ingenios; pero con citas fehacientes, seguras, tamizadas por la crítica y fáciles de evacuar.

Y aquí viene el punto de la dificultad. ¿De qué sirven citas del *Quijote*, cuando no sabemos si son de Cervantes ó de los infinitos editores que ya en vida del autor, y por espacio de tres siglos han considerado la inmortal obra como *rem nullius*, como un bien mostrenco, que cada cual se ha dado prisa á meter en su casa, á lavarle la cara, como dice Sancho del hijo del vecino, y á meterla en prensa para mercadear y granjear con ella? Desde el mismo título del libro, cada cual ha cambiado á su sabor términos y frases, ya creyendo remozar lo anticuado, ya mejorar lo que creían malo. ¡Mejorar á Cervantes! Todas las variantes que no se deben á la modernizacion á lo Salvá, se deben á la mas supina ignorancia de nuestro castellano; no á la oscuridad del texto. Ya se ve qué interés y qué precio podrá tener un estudio de semejantes variantes. Cotéjense en buen hora las dos ediciones primeras de Madrid de la primera parte (1605 y 1608), ó mejor tómese como base la segunda de Cuesta (1608) y cotejese con la primera edicion madrileña (1605); para la segunda parte no se salga de la edicion príncipe (1615). A eso se reduce el estudio crítico de las variantes del *Quijote*. Los demas textos podran, si se quiere, ilustrar en algun caso los pocos pasajes oscuros de esas dos ediciones; pero ¿qué autoridad pueden tener? No se trata de una obra transmitida sólo por manuscritos posteriores, de cuyo estudio y cotejo puede deducirse la primitiva redaccion; se trata de un libro impreso en vida de su autor, que conservamos en la forma en que se imprimió, y cuyas erratas de imprenta, por muchas que sean, saltan á la vista. En un texto semejante (me refiero á la primera parte impresa por Cuesta por segunda vez el año de 1608, y á la segunda por el mismo impresor el año 1615) no hay derecho á cambiar mas que lo que claramente aparece como errata de imprenta. Y con todo, ábrase el *Fundamento del vigor y elegancia de la lengua castellana*, y de la infinidad de citas que su autor D. Gregorio Garcés aduce del *Quijote* seran contadas las que sean exactas. ¿Qué leyes gramaticales, qué uso del habla, pueden autorizarse con tan viciados textos? La base debiera ser el texto crítico, que no existe, y cuya importancia, desconocida por algunos que bien se conoce no se han visto jamas precisados á buscar un texto, tal cual lo escribió su autor, se desprende de las consideraciones apuntadas. No existiendo ese texto crítico, creo que hay que atenerse, como yo me atengo, á las ediciones dichas de 1608 y 1615. El estudio de estas ediciones ha llevado á mi ánimo la conviccion de que, salvas las erratas claras de imprenta, el texto es clarísimo, y hablando en general, genuino y de la ma-

yor autoridad. Por mi parte puedo asegurar que no llegaran á cinco los pasajes que presentan alguna dificultad: en el Diccionario podrá verse, consultando los que pudieran ocurrir como oscuros. Tales son los textos á los que se refieren todas las citas de la presente obra; vengamos á su método y redaccion ¹.

Estoy harto convencido de que toda escrupulosidad es poca, cuando se trata de fundamentar sobre citas un Diccionario y una Gramática. Por lo cual, fuera de los títulos de los términos que en el Diccionario llevan la ortografía actual para su mas fácil hallazgo, todas las citas en el Diccionario se han hecho copiando los textos dichos primitivos, con la misma ortografía y con las mismas erratas de imprenta, que en seguida se corrigen, explicándose ademas los lugares dudosos. Es preferible conservar las erratas á cambiar el texto creyendo hallarlas donde no las hay. En la Gramática se conserva igualmente la ortografía, pero no las erratas, de cuya correccion se da razon en el Diccionario. Las ventajas de conservar la ortografía primitiva se veran en la *Ortografía y Ortología*.

En el *Diccionario* el intento ha sido poner todos los términos del *Quijote*, y en cada término citas de todos los matices que cada uno de ellos admite y de todas sus construcciones en la frase. El apremio de tiempo no me permite asegurar de que tal intento se haya logrado; para mí tengo que no, porque es imposible que en unos meses se haya podido hacer ese cernido exacto, que requería la prévia agobiadora labor de unas *Concordancias* completas, labor que no podía exigirse ni llevarse á cabo. Este defecto pudiera subsanarse con el tiempo para otra edicion. Los nombres históricos, geográficos y mitológicos se han citado todos, y aun cuidando de consignarlos todas las veces que, hallándose en el texto, pudiera servir la cita para completar datos referentes á personas y lugares. Los participios pasados, por tener valor adjetivo, van en artículos aparte de el del verbo. Los textos latinos forman tantos artículos como hay términos iniciales distintos, sin hacerse artículo particular de los demas términos latinos no iniciales. Los refranes y locuciones proverbiales se explican en el artículo correspondiente al primer término con que comienzan, exceptuando los pronombres ó partículas que para ello no entran en cuenta. El *Comentario* se halla en el *Diccionario*, explicándose todos los términos históricos, geográficos y de dudosa significacion, las alusiones mitológicas y de costumbres, los refranes, locuciones proverbiales, modismos, textos extranjeros, libros, autores, etc.: todo con la brevedad que pedía el género de este

¹ Ediciones facsimiles de 1608 y 1615 por Montaner y Simón (1897), y de 1605 y 1615 por Francisco López Fabra (1871-1873).

estudio. Para su fácil hallazgo en cada artículo el orden de las citas es el del texto: las de la primera parte siguiendo el orden de capítulos y folios, despues las de la segunda parte, y al fin las de ambos prólogos y preliminares con números romanos habiendo paginado los folios de antemano desde la Dedicatoria *Al Duque de Bejar* (I) hasta el último soneto (IX), y desde el *Prólogo al Lector* (I) hasta el fin de la *Dedicatoria al Conde de Lemos* (III). Todas las citas llevan el capítulo y el folio (hay que corregir la foliacion en el texto cuando está trabucada).

Como el objeto era aclarar lingüísticamente el texto, he creído útil añadir en el *Diccionario* la etimología inmediata de cada término, habiendo de buscarse en otro artículo la próxima mediata y así sucesivamente; por ejemplo: *autoriz-ado* de *autor-izar*, y en éste se hallará de *autor*, y en éste del latín *auctor*, etc. El que compare mis etimologías con las corrientes de los Diccionarios hallará que muchas veces difieren: su comprobacion mas fundada la dejo para mi obra *Etimología y origen del castellano*. He añadido ademas formas antiguas, cuando convenía para explicar los cambios ya en el sonido ya en la significacion. En fin, para que se vea lo que falta al *Quijote* he puesto otros términos emparentados no empleados en el texto de Cervantes.

Cuanto á la *Gramática*, procurando que fuese tan científica como cumplida, la he tratado por el método histórico, aunque con la concision necesaria para no salirme de los fenómenos del texto y no alargarme demasiado. En la *Fonética* he querido ser mas completo por tratarse de afianzar con la suficiente induccion las leyes de aplicacion continua en el *Diccionario* y en la *Morfología*, aunque por la brevedad no las vuelva á repetir cada vez que se aplican á los fenómenos que se estudian. La *Morfología* es brevísima, y no aduzco ejemplos del *Quijote* mas que cuando hay variantes respecto del castellano actual, suponiéndose en los demas casos que se conforma con él el habla de Cervantes. El tratado mas esmeradamente trabajado ha sido el de la *Sintaxis*, por dos razones. La primera, porque en ella se halla el elemento estético del habla de nuestro autor, cuya exposicion pide el tema del certamen. La segunda, porque no existiendo *Sintaxis castellana* escrita hasta hoy, como formando un cuerpo de doctrina, á pesar de las muchas observaciones sueltas que se encuentran en las Gramáticas y en monografías particulares ¹, al emprender por primera vez redactarla en conjunto me pareció poner

¹ La magnífica obra de Benot, *Arquitectura de las lenguas*, es un estudio científico de todo el castellano, pero desde un punto de vista mas trascendental que el de una Gramática.

la mayor diligencia y emplear en ella la mayor parte del tiempo concedido para el certamen. Despues de estas propias alabanzas, que sólo miran al intento, no al éxito, el lector podrá hacerse cargo de que si no ha resultado más que un breve ensayo de Sintaxis por la premura del tiempo, á lo menos ese ensayo está bastante razonado y forma un esqueleto que puede irse cubriendo poco á poco con estudios mas particulares de los que se dedican á estos asuntos.



GRAMATICA